

GUILLERMO STÁBILE

Eterno entero sinónimo de Huracán, la Selección Argentina y la gloria de sendos cuadros, Guillermo Antonio Stábile, uno de los mejores jugadores, directores técnicos y, en definitiva y en suma, personalidades del fútbol todo, asimismo, es el mejor representante huracanense de su gloria y su esencia: marcó una era y estrellato como jugador y otra no sin mucho oro como entrenador.

Inició inferiores del Globo en 1920, para debutar en 1924 en medio de la definición del Campeonato 1923, la más larga del balompié nacional y el episodio más reñido de la suerte de primer superclásico entre su elenco y Boca. Sus condiciones extraordinarias le permitieron el debut temprano en tamaño desafío, a la edad de dieciocho veranos...

Desde joven, en su club barrial Sportivo Metán, antes que futbolista se formó como velocista atlético, forjando una velocidad temible y terrible que luego aplicó al balompié. Pero Guillermo era mucho más: era regates de los mejores, era polifuncionalidad ofensiva, era técnica excelsa, era su

definición inmejorable, era «fútbol total» antes que el «fútbol total» en la delantera de sus equipos y, sobre todo, era lo más lindo, festivo, celebrado e importante del fútbol (y en cantidades industriales): gol.

Patricio del Parque desde aquel entonces hasta 1930, el «Filtrador» jugó 128 partidos y descosió 104 redes, se consagró en los Campeonatos de 1925 y 1928, en la Copa Ibarguren 1925 y en la memoria sur capitalina para siempre. Con sus gritos, se erige séptimo máximo artillero histórico de la casa aerostática, aunque con una distinción: de los cracks que lograron superar el centenar de anotaciones, él es, por escándalo, el que ostenta la mayor efectividad con un promedio de gol de casi uno por encuentro (exactamente, 0,81). Mas más... En su tiempo, ese del segundo lustro del tiempo más lauráceo y exitoso de la institución, él fue el mejor de todos, so manto de su inagotable relevancia: fue la figura y el goleador huracanista de todas las *Estrellas* que consiguió, y el rompe-redes absoluto en dos de sendos tres casos. Se erigió más altísimo anotador del Campeonato

de 1925 con 17 dianas; marcó una de apertura, a los 6', en la Copa Iburguren de la misma edición, compartiendo membresía de máximo artillero de aquella disputa junto al quemerísimo Juan Fernando Pratto y el rosarino López; y destruyó 27 redes durante el Campeonato de 1928, siendo la principal pesadilla de los arqueros rivales de su team. En ese último episodio, fue el máximo exponente de «El Ballet Blanco», ese abracadabran-te elenco huracanado inefable, increíble e inmarcesible que, según voces de historiadores propios, es la *Estrella* más luminiscente de la casa, el mejor campeón de la historia de Huracán tal vez, y, en definitiva, la entera «Década de Oro» de la institucionalidad sita en Caseros 3159. De esos 27 gritos, 12 los marcó en las últimas diez fechas del certamen. Sin embargo, muchísimo más se agigantaba su ciclópea figura en las finales, ya que bramó goles y, de hecho se cimentó el pedestal de goleador, en los tres partidos definitorios de todos sus lauros conseguidos: selló su marca indeleble en la final por el Campeonato de 1925, la propia en la de la Copa Iburguren 1925, y los 3 goles quemeristas en

el antiguo superclásico ante Boca, el segundo y máxime perseguidor, durante el torneo regular de 1928 (éste último encaramiento, por lo que signó, muy posiblemente haya sido, y por lejos, el más importante de la historia quemera).

Por todo esto, por tanto más, obtuvo el título de «El mejor del mejor tiempo» de Huracán. Aunque el sur porteño no fue la única sala en la que llevó ese mote...

Representando a Argentina en el primer Mundial, se instituyó goleador del certamen con ocho tantos, grabando su nombre y el de La Quema en el Cuadro de Honor de la FIFA (siendo así Huracán una de las primeras entidades, y la única de Argentina, y él uno de los primeros jugadores en ostentar tal título honorífico —claro está que su individualidad hacía grande lo colectivo, tanto en una de sus patrias como en la otra—) por ser el (hoy) «Botín de Oro», además de obtener mención de segundo mejor jugador del torneo, sólo porque la FIFA le otorgó el primer puesto al capitán del campeón, y, con el subcampeonato ante Uruguay, terminar de coronar al fútbol rioplataense de los años veinte como el más espléndido del mundo.

De entrada, su debut en la Selección, en la Copa del Mundo y en sus redes, fue cuasi adimensional: nada menos que con el que, hasta el 6 de noviembre de 2006, se creyó el primer hat-trick de la historia de los Mundiales en soledad, ese que aún abre juegos y dudas estadísticas. Ese estreno de ensueño y ese promedio de gol parcial de pasmos de tres goles en un mismo partido (el segundo histórico), sólo fue igualado por doce futbolistas y superado por uno a lo largo de las veintiún ediciones del torneo ecuménico. Y, por su parte, en cuanto a argentinos, Gabriel Omar Batistuta fue el único además de Stábile en alcanzar una tripleta mundialista, recién en la goleada por 4-0 ante Grecia en el Mundial 1994, casi sesenta y cuatro años después.

Su tiempo con el anillo de «goleador histórico» de la Copa Mundial de Fútbol no fue efímero, sino que tardaron veinticuatro años en desgarrárselo del guantelete: inigualado el récord de ocho tantos hasta 1950 (alcanzado por Ademir, de Brasil, en ese año, aunque en dos partidos más), recién en 1954 fue superado por el del espectacular húngaro Sándor Koc-

sis, que marcó once anotaciones. Además, de los treinta y siete principales artilleros de la historia del certamen (quienes señalaron siete marcaciones o más), Stábile es el que menos juegos disputados tiene en su haber. Así los tantos, con sus ocho marcaciones en cuatro disputas, ostenta el cuarto mejor promedio de gol de la historia de los Mundiales (2 por partido jugado).

El mismo promedio de gol de anonadamiento ostenta en la Selección Argentina de Fútbol. Es el segundo máximo goleador argentino en Mundiales, aunque se mantuvo primero solo hasta 1994 y junto con Diego Armando Maradona (que disputó tres competencias globales más que él) hasta 1998. Marcó goles consecutivos en todos sus juegos patrios y, encima, es el argento que más logró en un único Mundial.

El eviterno Filtrador fue, por todo lo expuesto y también para el deporte en general, «El mejor del mejor tiempo». Y aquí cabe la aclaración extendida de que la década del veinte, sin espejo, ayer, ni, a hoy, mañana, resultó el hábitaculo de un suceso sin parangonizar: el fútbol del Río de la Plata era, sin cabida de duda, el mejor

del mundo. Ápice en materia, altolocuto susano de entonces, era el centro hegemónico del balompié, tanto que la historia de los deportes no ofrece comparación alguna. Cada choque internacional reflejaba la gigantesca supremacía del punto: desde amistosos hasta el Mundial primero (de 1930), pasando por giras, Copas América y Juegos Olímpicos, todo oro iba a cofres argentinos y uruguayos. De nueve Campeonatos Sudamericanos, ocho nadaron aguas rioplatenses (cuatro por país), mientras el restante se nacionalizó brasileño; en cuanto a Olimpíadas, Uruguay logró dos medallas doradas y Argentina (en su única participación de Ámsterdam 1928) una plateada. Esos Torneos Olímpicos de Fútbol de 1924 en París y de 1928 en Ámsterdam tuvieron diferencias notables con los actuales: ambos fueron jugados por selecciones mayores (absolutas), estuvieron organizados por la FIFA, fueron los precedentes de los Mundiales actuales (de hecho, por eso Uruguay, que ganó los dos, fue la sede del primero) y fueron y son reconocidos por la FIFA como campeonatos del mundo. La Copa Mundial de Fútbol madre coronó la mayor

consecuencia: Uruguay campeón, la Selección Argentina quedó subcampeona, el huracanado en cuestión, Stábile, logró el Botín de Oro y el Balón de Plata con ocho gritos que veinticuatro años tardaron en destronar. Además, a pies y cabezas de quemeros, cuatro jugadas se crearon: el «gol olímpico» (Cesáreo Onzari), la «palomita» (Pablo Bartolucci), la «marianela» (Juan Evaristo) y la mal llamada «foquinha» (Guillermo Dannerher). Sin menos, con más, el reino balompédico todo respondía a dos estados. Y en esa división, a cuatro banderas: Huracán y Boca, y Peñarol y Nacional, fueron los clubes, respectivamente albicelestes y charrúas, más campeones de ese arte inmejorable. Así, el Globo, uno de los cuatro «Reyes de los años veinte». «Rey», también, de ese: el mejor fútbol del mundo. Y uno de los mejores gladiadores dentro de la arena más dura... La espada la llevó Don Guillermo.

En esa era y el lugar de la mayor hegemonía de la historia de los deportes, la toda extrema supremacía del fútbol rioplatense por sobre el del resto del mundo, él demostró su, también toda extrema, supremacía como rey por

sobre sus reyes contemporáneos. El segundo lustro de la década del veinte en Huracán y, sobre todo, la mayor consecuencia coronada durante el Mundial de 1930, lo entronizó en la cúspide de aquella cúpula global de las esferas selladas con tiento por sobre otros altos miembros reales cuyos pergaminos no caben en el mayor palacio hecho cofre.

En lo que respecta a la Gran Explosión de ese mejor tiempo, él fue el verdadero mejor jugador del primer Mundial. «El Messi del primer Mundial», en definitiva y como se lo conoce gracias al principal literato del Globo de Newbery, Néstor Vicente. Pese a que la FIFA le haya otorgado ese galardón, hoy conocido como Balón de Oro, a José Nasazzi, el capitán del campeón. La FIFA así juzgó el pleito, pero si fuera la verdadera historia quien lo hubiese juzgado, tal vez Stábile haya sido tan Balón de Oro del Mundial de 1930 como Maradona fue Balón de Oro del Mundial de 1986... Aunque, claro, como en tantas otras cuestiones del fútbol, de la historia, y de otras índoles de lo más variopintas, el resultado, tan hijo de su tiempo como de las reglas y el contex-

to hostil propio del que el propio Benito Mussolini (quien hizo lo propio en esa edición de 1930 con Luis Monti como lo haría en la siguiente con el propio) propició en 1934 a favor de Italia, que por su espectacularidad no lo hubiera necesitado para levantar la segunda Copa del Mundo, encarriló el trofeo a otras manos.

Su súper gran explosión total de fútbol fue la súper gran explosión más total y extrema del fútbol del Río de la Plata: el gol que le valió parcialmente el primer Mundial a Argentina. Ese fue «el» momento de aquel tiempo y lugar de la mayor hegemonía de la historia de los deportes: la primera mitad de la final entre argentinos y uruguayos, cuando la total y extrema supremacía del balompié rioplatense por sobre el de las demás latitudes se mostraba y medía en su máximo esplendor. Luego, en el complemento, se desdibujó el partido. Y se desdibujó el fútbol...

Cabe el agregado: encima, hizo eso, todo eso, bajo amenaza.

Luego viajó a Europa, donde brilló en Genoa, Napoli (Italia) y Red Star (Francia). En el primero, Genoa, fue donde vivió la cúspide de su fama. El 28 de octu-

bre de 1930 se embarcó en el transatlántico Conte Rosso, llegando a Génova el 15 de noviembre. «Las sirenas de los barcos sonaron como bienvenida y muchísimos seguidores asistieron a un evento jamás visto entonces para recibir al huracanense», contó Pablo Viviani en Historia Quemera, y así fue: lo esperaban para saludarlo, festejarlo y agasajarlo en el puerto más de cinco mil personas que no se querían perder la llegada de quien llamaron «el Campeón venido del Mar»; tanto, que no lo dejaron llegar al auto. A dos días de su pie en tierra firme, sin tiempo de adaptación a su nuevo plantel, club, país, continente, y casi sin conocer a sus compañeros, jugó un clásico contra el Bologna, el mejor equipo italiano de ese entonces, campeón que enfrentó Huracán celebrando los Campeonatos de Argentina e Italia de la temporada 1928, y puntero durante ese 1930, y le dio la victoria a su nuevo cuadro marcando los tres gritos propios del 3-1 final. A partir de ahí nacieron sus rótulos de «El Salvador del Genoa» y «El Vencedor del Bologna». Su figura se fue agigantando en el Genoa, tanto que todos le hacían regalos de todo tipo, ropa

a medida, se disputaban su saludo y hasta se sacaban el sombrero cuando pasaba. Las manifestaciones llegaban hasta las ventanas de su casa obligándolo a que se asome a ser ovacionado. Él, sin embargo, con humildad, desde la Bota enviaba dinero a su amada familia y diarios a su amado Huracán.

Napoli lo contrató tras su gala balompédica en el club vecino, demostrando ser una institución por demás visionaria: fue el equipo de Stábile, mucho antes, y de Maradona, mucho después; sendas figuras del Cuadro de Honor de la FIFA.

Ya en Francia, fue «el jugador» del equipo de Jules Rimet, histórico presidente de la FIFA de entonces (entre 1921 y 1954) que, no por casualidad, le dio nombre al primer trofeo de los Mundiales... A su llegada, el diario local París Soia lo recibió designándolo «Nuevo Ídolo de París». Y fue en esa casa parisina en que tuvo su dualidad técnico-jugador (1937-1939), antes de volcarse definitivamente a la dirección técnica.

Con botines ya colgados, casi logra una marca que sólo ostentan quince futbolistas en la historia (dos, Bernabé Ferreyra y el

peruano Valeriano López, quemeros): la media total de más de un gol por partido jugado. Precedió a Josef Bican, el máximo goleador de todos los tiempos, en cuanto a ciertas similitudes en el estilo de juego como centrodelanteros: la velocidad como arma de ataque. También, en eso del tremendo promedio de gol... Y precedió a un tal Lionel Andrés Messi en la misma tabla de goleadores totales: amagues, magia, capacidad goleadora y «filtraciones» sus características hermanas. De hecho, a Stábile se lo apodaba y conocía como «Filtrador» por su capacidad, agilidad y velocidad para meterse entre muchos rivales y pasarlos dejándolos en el camino antes de llegar al gol.

Supo jugar en más de una posición de ataque, demostrando su polifuncionalidad: comenzó como wing derecho, hasta que se corrió al centro de la delantera que ofrecía la famosa y aguerrida formación «piramidal invertida»; en la Selección le pasó algo parecido: su primer partido fue como entrea, los siguientes como centro atacante.

Y también fue uno de los primeros futbolistas en tener comercialización (marketing). Así lo expresa el libro «Todo sobre la

Selección» de Oscar Barnade y Waldemar Iglesias: «Mucho antes del imperio de Messi y Cristiano Ronaldo, Stábile fue el primer futbolista mediático. Fascinados por su juego y sus goles, don Antonio Nesman y su hijo Victorio, llamaron El Filtrador (apodo de Stábile) a los vinos elaborados por su bodega mendocina [...]». En 1948, además, hizo de él mismo en la película Pelota de trapo. Si hasta Gardel le dedicaba tangos...

Existen siete futbolistas que abrazan el más total reconocimiento y unanimidad en la nómina de los mejores de la historia: Maradona, Pelé, Messi, Di Stéfano, Cruyff, Beckenbauer y Cristiano Ronaldo. De ellos nadie se atreve a cuestionar su súper condición como tales y esta premisa se corresponde con la conclusión que deriva de sus realidades y cualidades como jugadores. Aunque existe, asimismo, un hombre y un nombre, a la sombra de tener, quizá, la más extremadamente poco proporcional fama en relación a su grandeza de todos los tiempos que, al menos y sin dudas, se anima a dar el presente (y con robusta presencia): el presente homenajeado.

De esos siete (u ocho), Pelé es brasileño, Cruyff fue holandés, Beckenbauer alemán, y Cristiano Ronaldo portugués, mientras que Maradona, Messi y Di Stéfano (y Stábile) comparten patria: Argentina. Cabe decir que el huracanado de aquellos astros, el Excelentísimo Señor Don Alfredo Di Stéfano, también contó con nacionalidad española. No quedan dudas de que la bandera celeste y blanca es la que empuña el cetro en este reinado. Así como de lo siguiente: con, o, al y cuando menos, tras Maradona, Messi y Di Stéfano, aparece Stábile. Y sin rendija de duda. Alguna vez, la Redacción Goal escribió con tino y bajo el título «Ni Messi ni Maradona: Guillermo Stábile, el argentino más exitoso de la Copa América» al respecto:

«Entre las grandes leyendas del fútbol argentino, en las primeras páginas de la historia, aparece un goleador único y un entrenador ultra ganador.

En los manuales de estudio de los colegios primarios de Argentina, en ningún momento aparece el nombre de Guillermo Stábile. Tampoco en los parques aparecen chicos corriendo con ca-

misetas que tengan estampado su nombre. Su apellido ya ni siquiera aparece en la memoria de algún abuelo porque hasta los abuelos no lo vieron jugar. Pero detrás de Lionel Messi, de Diego Maradona y de Alfredo Di Stefano aparece una gran gloria de la pelota albiceleste: Stábile, un delantero brillante y un entrenador ganador.

[...] Pero vale decir que Stábile, un jugador con mucha personalidad, figura en un archivo donde el que quiera, podrá averiguar quién fue: en 1948, actuó de sí mismo en la película “Pelota de Trapo” que dirigió Leopoldo Torres Ríos. Ahí puede encontrarse-lo, aunque los manuales de estudio no digan nada de él».

Este emperador empujado a un abismo de olvido por múltiples culpables, no sólo se enfila con los más grandes del fútbol albiceleste, sino que los precedió y tipificó al mismo para siempre y primero que nadie: fue el primer Maradona, Messi y Di Stéfano del país y del mundo, con su erupción volcánica en 1930. Así como el abracadabrante José Nasazzi, tal vez el mejor defensor de todos los tiempos si se toma a Beckenbauer con su faceta de centrocampista

defensivo (también lo era) y sin dudas el futbolista internacional más campeón de la historia junto a sus compatriotas y compañeros Héctor Pedro Scarone y Ángel Romano, sendos tres con siete títulos absolutos, fue el primer exponente ciclópeo y más espejado por siempre de la «garra charrúa», Guillermo Stábile representó el talento nato del futbolista argentino.

Y tuvo bastante de sus otros tres grandes coterráneos: de Maradona, los amagues maradonianos; de Messi, la genialidad y capacidad goleadora messiánica; y, de Di Stéfano, la explosión de fútbol y majestuosidad di-stefánica (en su caso, «total» en lo ofensivo). Y quiso el destino que hasta comparta, además de cualidades, otras similitudes con ellos, como ser clubes en donde jugaron y honores mundialistas: con Di Stéfano, ambos explotaron en Huracán, y, con Maradona, ambos brillaron en el Napoli, club máxime visionario (a las claras queda) que, como La Quema, se encuentra en el Cuadro de Honor de la FIFA; por su parte, esta última gracia su apellido la comparte, estando él en el mismo desde 1930, con Maradona (1986) y con Messi (2014).

Clara como el agua más pura queda su condición notabilísima y de relieve... Aunque la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA), la prestigiosa y respetada Federación Internacional de Historia y Estadística de Fútbol (IFFHS), y la grandemente afamada revista France Football, responsable de la composición del reciente Dream Team del Balón de Oro (oficialmente Ballon d'Or Dream Team), pequen imperdonablemente con su omisión que es error, ese error que es horror, y que es tan grosero como terrible, en sus premios y selecciones de las listas del «Jugador del Siglo de la FIFA» (creadas el 11 de diciembre de 2000, en la Gala Anual celebrada en Roma), el «Mejor jugador del siglo XX según la IFFHS» y el «Mejor jugador sudamericano del siglo XX» (2004), y los supuestos tres equipos ideales de fútbol de toda la historia (14 de diciembre de 2020).

Su labor como entrenador magnificó su notabilísima carrera. Con la experiencia y el curso de técnico que trajo desde Francia, debutó (en soliloquio) en Huracán en 1939 al mando de la «Aplanadora» que logró la Primera Rueda

ganándole a los cinco grandes restantes y terminó subcampeona con 97 goles. A los postres, obtuvo la Copa Adrián Escobar 1942 y la Competencia Británica 1944 (junto a Laguna, quien también condujo durante aquella) y es así el director más campeón de la historia quemera con el susodicho Laguna y Apuzzo.

En paralelo, trabajó en la Selección casi veinte años ininterrumpidos (1939-1958 y 1960), siendo el técnico que más tiempo dirigió a la misma y sembrando un sinfín de récords: es quien más partidos dirigió (127), el que más ganó (85), con el que más goles convirtió el combinado nacional (323); quien logró la mayor diferencia de gritos a favor (+191, siendo el único en superar los 100), la goleada más abultada (12-0, que a su vez es la propia de la historia de la Copa América) y la mayor efectividad (75%), entre otras marcas de relieve.

A nivel global, es uno de los diez entrenadores internacionales que más cotejos vivieron y, por sobre todo, es el entrenador internacional más ganador de la historia del fútbol todo con seis títulos absolutos: sus Copas Améri-

ca 1941, 1945, 1946, 1947 (único tricampeonato), 1955 y 1957.

También consiguió un Campeonato Panamericano (1960) y veinte torneos amistosos no oficiales: tres Copas Lipton (1942, 1945 y 1957), tres Copas Newton (1942, 1945 y 1957), dos Copas Roca (1939 y 1940), seis Copas Rosa Chevallier Boutell (1939, 1940, 1943, 1945, 1950 y 1956), dos Copas Juan R. Mignaburu (1940 y 1943), una Copa Héctor Gómez (1943), una Copa Presidente de Chile (1940), una Copa Presidente de Argentina (1941) y una Copa Raúl Colombo (1956).

Cimentó, junto a sus mejores discípulos quemeros, Masantonio, «Tucho» Méndez y Baldonado, el grueso de la verdadera paternidad argentina frente a Brasil en el «Superclásico de las Américas» orquestando con grata espectacularidad las dos máximas goleadas del duelo. Asimismo, la mayor racha de triunfos consecutivos en la historia de la Selección nacional: diez entre 1941 y 1942. Y, a la vez, logró la serie invicta neutral más prolongada (26 partidos entre 1941 y 1956). Escalones abajo, ostenta el tercer, el quinto y el sexto puesto de invictos absolu-

tos. Respectivamente: 17 partidos (12 victorias y 5 empates) entre 1956 y 1957; 14 (11 y 3) entre 1940 y 1942; y el mismo número (12 emparejamientos ganados y 2 paridades) entre 1946 y 1950.

En 1953, fue el técnico durante la hazaña de la creación del «gol imposible» de Ernesto Grillo ante los ingleses, responsables de que el fútbol haya sido normado oficialmente y llegado a los días corrientes como es hoy conocido, en una maniobra táctica que escapaba de cualquier tipo de plan, estrategia o lógica de este tipo de padres del balompié moderno; acto que derivó en el Día del Futbolista Argentino (14 de mayo). Y en cuanto a brindar espectáculo, su elenco patrio batió todos los récords históricos propios de público y entradas vendidas, ya que dirigió a la Selección en tres partidos con más de 100 000 espectadores en las gradas y 85 000 boletos expandidos: el 17 de mayo de 1953, se vendieron 91 397 tickets contra Inglaterra; el 7 de julio del mismo año, contra España, 88 787; y el 24 de junio de 1956, contra Italia, 85 448. Sendos tres juegos que establecieron los tres mayores registros de asistencia del selec-

cionado en el país se jugaron en el «Monumental» de River.

Siendo el táctico con más juegos dirigidos en la historia de la Copa América (44), su Selección fue, en llano, la mejor del mundo de su tiempo, y una de las mejores y la más campeona de la historia toda del fútbol todo. Siempre en el podio de la máxima competencia continental, de ocho ediciones disputadas, a sus seis ganadas se le suma el subcampeonato de 1942 y el tercer puesto de 1956. Su supremacía en América era totalmente extrema. Tanto, que la suya en el banquillo nacional es la Época de Oro del fútbol argentino. Así lo señala el libro Todo sobre la Selección: «[...] una era que la Argentina no pudo aprovechar a nivel mundial debido a que la Segunda Guerra obligó a que se suspendiera la Copa del Mundo. Pero el fútbol de aquel tiempo, en esta parte del mundo, resultaba una sucesión de maravillas y de cracks»; «Con los títulos acumulados por Argentina en ese tiempo —Sudamericanos de 1941, 1945, 1946 y 1947, la década más prolífica junto a la del veinte y la proliferación de futbolistas y equipos inolvidables (La Máquina fue el ejemplo más sig-

nificativo)—, se sostuvo la idea de que el fútbol de estas latitudes era el mejor de todos. Se hablaba de que Argentina podía formar dos selecciones, con un par de cracks en cada puesto»; «Era el triunfo del carácter lúdico. Era el imperio del juego».

En El Libro de Oro del Mundial, publicado en 1998 con motivo de la competencia cercana a disputarse en Francia ese año, el magnífico Horacio Pagani reveló: «Una investigación realizada en Brasil el año pasado, entre metafísica y cibernética, concluyó en que de haberse disputado los Mundiales de 1942 y 1946, los habría ganado la Argentina. Los datos y razonamientos fueron concretos y se refirieron a los antecedentes próximos y a meras cuestiones numéricas. No incluían, claro, ese valor intrínseco —aunque subjetivo— que definía en Sudamérica, sin dudas, al jugador argentino como el mejor dotado técnicamente». El gran comunicador susodicho lo sostuvo en el episodio 6, «Argentina: The Hand of Fate?», de la serie *Becoming Champions*, donde el historiador Barnade agregó: «Argentina lidera en Sudamérica, gana cuatro de los cinco torneos

Sudamericanos» y «Después del Sudamericano del 49 no juega el Mundial del 50, no fue al Mundial del 54, los dirigentes del fútbol argentino deciden no ir a la par que jugaba partidos internacionales con Inglaterra, partidos internacionales con España, con Italia y seguía considerándose que estaba el mejor fútbol del mundo, se llega al Mundial del 58 con esa idea». A su vez, otro periodista, Juan de Biase, arrojó que «Coincidían todos en que si se hubieran jugado los dos Mundiales que la guerra impidió (1942 y 1946) la Argentina habría tenido seguramente una actuación memorable».

Aunque hubo, además de aquellos dos, otros capítulos de gloria contra-fáctica: por distintos y diversos motivos, la Argentina de Stábile no disputó los Mundiales de 1950 y 1954. Las estadísticas, el contexto, los números, los pronósticos, los parangones y todo lo demás, indicaban alzamiento de brazos asegurado. En principio, durante 1950, Uruguay y Brasil fueron los finalistas, y los vecinos orientales dieron el famoso golpe del «Maracanazo». Lo cierto es que muy probablemente, ese «Maracanazo» lo podría haber dado Stábile

si distintos dirigentes de entonces no impedían la participación mundialista nacional, donde se encontraba todo el potencial de Sudamérica. En la obra Historia del Fútbol Argentino, Juan Mora y Araujo escribió al respecto: «triunfó un estilo: el que nació, se desarrolló y adquirió jerarquía en las orillas del Río de la Plata. Y triunfó por medio de una representación que, en ese momento, no era su más alta expresión, pues el proceso del profesionalismo ya había volcado entonces hacia el lado argentino la superioridad rioplatense». Existe un punto comparativo demasiado propio... El Peñarol de 1949, «La Máquina de Emérico Hirschl», el de la «Escuadrilla de la Muerte», el de «Pepe» Schiaffino, Obdulio Varela, Alcides Ghiggia, Óscar Míguez y Roque Gastón Máspoli (entre otros), el que logró el Campeonato Uruguayo en forma invicta y con el 95% de los puntos en disputa, la Copa Competencia y la Copa de Honor, fue la base de la Selección Uruguaya campeona del mundo en 1950 y perdió un único partido en el año: fue el 11 de noviembre de 1949, durante el acto inaugural de ceremonia, bautismo y corte de cinta del Palacio Jor-

ge Newbery (hoy Tomás Adolfo Ducó), 4-0 ante Huracán, una de las bases más grandes de la Argentina de Stábile. Respecto a Suiza 1954, Argentina fue campeona en dos de los tres Sudamericanos disputados luego de tal cita.

Pese a tanta gloria, tuvo un final ingrato: su única mala experiencia en la Selección fue, justa e injustamente, durante el único Mundial que dirigió: Suecia 1958. Y, aunque el traspie fue compartido por jugadores y, sobre todo, dirigentes, él cargó con toda la responsabilidad. Venía de conformar una de las mejores y más reconocidas escuadras del país, la de «Los Carasucias» de 1957 que ganaron el Sudamericano de Lima de punta a punta. Sus números hablaban solos: fue el seleccionado más goleador con 25 tantos y el menos abatido con sólo 6 en contra. De seis juegos, perdió el último (encontrándose ya coronado) y ganó los cinco restantes todos por goleadas (8-2 ante Colombia, 3-0 contra Ecuador, 4-0 durante el «Clásico del Río de la Plata», 6-2 frente a Chile y 3-0 en una nueva edición del «Superclásico de las Américas»). Su legendaria delantera estuvo compuesta por Ores-

te Corbatta, Humberto Maschio, Antonio Angelillo, Enrique Sívori y Osvaldo Cruz. Aunque, para el año siguiente, «Los Ángeles» de ese equipo, el goleador del torneo (con 9 tantos) Maschio de veintiún años, Angelillo (8 gritos) de dieciocho y Sívori (3) de veinte, entre los que marcaron 20 de los 25 gritos totales, fueron transferidos al fútbol italiano, razón por la que los rectores de la Asociación consideraron no incorporarlos en la lista mundialista siguiente producto soberbio de pensar que el talento era materia prima de exclusiva industria local, y le conformaron al entrenador un equipo con jugadores mitológicos aunque en sus pasos finales de carrera y con desventaja física... Cabe la aclaración: en esa Copa América de 1957, Argentina se consagró venciendo holgadamente a Brasil, paradójicamente, el futuro campeón mundial.

Por si fuera poco, a nivel clubes, no sólo le acariciaron la espalda pétalos en Huracán: en Racing, fue tricampeón del fútbol argentino en 1949-1950-1951 (y estuvo muy cerca de repetir lauro en 1952, quedando subcampeón a sólo un punto de River) con un equipo con base huracanense:

Norberto Méndez, Llamil Simes y Juan Carlos Salvini fueron sus figuras junto a otras de la talla de Bravo, Sued, Boyé (otro cíclope con paso por la escuadra blanca y roja con sombra de antaño verde), Higinio García, Antonio Rodríguez, entre más. Llenó de gloria renovada las arcas académicas y, en la sección «Ídolos» de su sitio web oficial, el club así lo refleja: «Fue el responsable de armar con paciencia, esmero y sabiduría, un equipo de ensueño». Sin embargo, reflexiona el genio y genial Waldemar Iglesias que, «Aunque la merecía, nadie le dedicó una estatua como a Reinaldo Merlo más de medio siglo después».

Además de su Huracán y Racing, también hilvanó equipos en San Lorenzo, Estudiantes y Ferro.

Sin rendija de duda, además del más ganador a nivel internacional (en todo el globo terráqueo), fue unos de los mejores directores técnicos de Argentina, la historia del fútbol mundial, y el que más marcó a la Selección con su corriente. Su principal principio fue, indudablemente, explotar totalmente la mayor grandeza de sus equipos basándose en las mejores armas con las que contaba y adap-

tar sus conjuntos a sus posibles exponentes balompédicos. Así como Messi hoy hace parecer sencillo lo complejo o hasta imposible adentro de la cancha, lo mismo hacía Don Guillermo Antonio Stábile desde el banco, teniendo en cuenta que lo casi imposible es posible y está atado a circunstancias. En las memorias de uno de sus nietos, Guillermo Luis Barreira, está el hecho de que, además de su curso de técnico, desde Francia trajo consigo la experiencia y enseñanza europea del sentido profesional que debía tener un jugador de fútbol; así, en su concepción, si lograba sumar en el futbolista argentino la responsabilidad, el orden y la disciplina a sus condiciones técnicas naturales, se estaría en presencia de jugadores insuperables.

«Merece un elogio, indiscutiblemente, el director técnico Guillermo Stábile, a cuyo cuidado estuvo el equipo argentino. El resultado de esta excursión ha sido halagador, puesto que nuestros hombres retornan invictos, luego de haber jugado en Chile y en Perú, contando sólo en este último país con dos empates. Las pruebas de sagacidad, la expresión de sus conocimientos valorados aún en

Europa y el éxito de su dirección que culminó con esta victoria, en parte le pertenecen y así hay que asociarlos al esfuerzo de los jugadores», publicó la revista La Cancha, el 12 de marzo de 1941, tras algunos de los primeros pasos del ex Filtrador por el costado de la línea lateral.

Con su osadía e inteligencia obtenía los mejores resultados. Incluso, hasta hacía jugar y rendir a sus convocados de la Selección mejor de lo que lo hacían en sus clubes, así se tratara de una línea del campo completa de un mismo equipo local (como hizo lo propio con una delantera de cinco atacantes de Independiente entre 1953 y 1955, que no logró el torneo regular con el Diabolo aunque sí la Copa América con la Selección de Stábile). Era un especialista en expresar al máximo todo el jugo de sus frutos a la vez que prodigaba sencillez desde la grandeza que pregona e impregnaba en sus súbditos (incluso y sobre todo, en equipos que quedaron en la historia). Por citar un ejemplo, el mencionado Humberto Maschio, el Ángel de la Carasucia de 1957 que se erigió goleador de aquel Sudamericano, lo contó a feliz desnudo: «Don

Stábile no nos pedía nada raro. Era tranquilo para dar indicaciones. Y si tenía algo para decirte, se te acercaba y te hablaba al oído. A mí, por ejemplo, me pedía que me desmarcara siempre. Pero nos daba libertades para jugar».

Tan grande fue su impronta, que, en el lapso en que no dirigió la Selección (1959), se necesitó un triunvirato de técnicos convocado por los dirigentes de la AFA para suplirlo: Victorio Spinetto, José Della Torre y José Barreiro dando órdenes en simultáneo. Y, lejos de dos decenios, sólo duraron seis partidos y veintinueve días en el cargo, para que Don Guillermo tuviera su último baile con sabor a revancha: la conquista del Panamericano de 1960.

Antes de eso, durante 1953, la Memoria y Balance de la Asociación del Fútbol Argentino, entonces presidida por Domingo Peluffo, rezó:

«El procedimiento utilizado en la selección de jugadores para integrar los equipos representativos de la institución y la conveniencia de mantenerlos permanentemente adiestrados ha sido siempre materia de controversia, y algunas iniciativas tendientes a lo-

grar la constitución de seleccionados representativos permanentes no alcanzaron a concretarse.

En el enfoque general de los problemas que, al hacerse cargo de la presidencia, hiciera el actual titular de la misma, se incluía el relacionado con ese aspecto de la actividad de la institución y, expuestos oportunamente ante el Consejo Directivo las razones que abonaban en favor de la modificación del procedimiento, fue sancionada una resolución que, en reemplazo de la Comisión del Equipo Nacional que hasta entonces tenía esas atribuciones, confía en una persona la tarea de seleccionar jugadores para integrar equipos representativos y determina la forma de mantener adiestrados a los conjuntos seleccionados.

Para desempeñar las funciones de seleccionador y adiestrador, fue designado el señor Guillermo Stábile, quien, desde 1939, ha venido teniendo a su cargo la dirección de todos los equipos representativos de la institución».

Y, después de eso, en reconocimiento posterior, la misma AFA lo designó al frente de la Escuela de Técnicos y lo confirmó en su sargo.

Dueño de un maremagno futbolístico, de su sangre se infló el Globo y la historia grande de la Selección Argentina se escribió gracias a su nombre.

En el año 2007, Franz Beckenbauer fue nombrado por la IFFHS como «Genio universal del fútbol mundial» por su majes-

tuosidad como jugador, así como en sus facetas de entrenador y directivo. No sería descabellado sino justo que, en un acto de reivindicación, recaiga el mismo honor sobre la figura de Guillermo Antonio Stábile, uno de los personajes más grandes de la historia toda del fútbol todo.

Gonzalo Hernán Mimici